

PERSONAJES DE SHAKESPEARE 3

Harold Bloom

LEAR

La gran imagen de la autoridad

Traducción de Ángel-Luis Pujante



Vaso Roto Ediciones

Primera edición: febrero, 2021

Título original: *Lear: The great image of authority*

© 2018 by Harold Bloom c/o Writers' Representatives LLC, New York. First published in the U.S. in the English Language by Scribner - Simon & Schuter. All rights reserved.

© de la traducción: Ángel-Luis Pujante, 2020

© Vaso Roto Ediciones, 2021

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7^o izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Imagen de cubierta: Composición realizada a partir de las obras *A Procession of Shakespeare Characters*, de autor desconocido, 1840, y *Cleopatra and Caesar* de Jean-Leon-Gerome, 1865.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y gestionado por Bibliomanager

ISBN: 978-84-122937-0-8

eISBN: 978-84-122937-4-6

BIC: DNF

Depósito Legal: M-1486-2021

PERSONAJES DE SHAKESPEARE 3

Harold Bloom

Lear

La gran imagen de la autoridad

Traducción de Ángel-Luis Pujante



Vaso Roto / Ediciones

Índice

AGRADECIMIENTOS

NOTA DEL TRADUCTOR

1. Un rey por entero
2. Mientras, voy a revelar mi propósito secreto
3. Naturaleza, tú eres mi diosa
4. Ahora eres un cero pelado
5. ¡Cielos clementes, que no me vuelva loco!
6. ¡Limosna para Tom! Es lo que me queda: Edgar ya no existe
7. ¡Ah, cielos! Si también sois ancianos, ¡haced vuestra mi causa!
8. Esta noche helada nos va a volver a todos locos e idiotas
9. A mí el padre y a él las hijas. ¡Tom, en marcha!
10. ¡Si queréis llegar a viejos, socorredme!
11. Si tus extraños vaivenes no te hicieran tan odioso, no cederíamos a la muerte
12. Los hombres se devorarán como monstruos de los mares
13. ¡Ah, criatura destrozada! Así llegará a su fin el universo
14. Tú eres un alma en la gloria, pero yo estoy atado a una rueda de fuego
15. El hombre ha de sufrir el dejar este mundo igual que el haber venido. La madurez lo es todo

16. Los dioses son justos y el placer de nuestros vicios lo
vuelven instrumento de castigo

17. Jamás podrá el joven vivir ni ver tanto

NOTAS DEL TRADUCTOR

Para Susan Spero y
Gary Heller

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi extraordinaria ayudante de investigación, Alice Kenney, y a mi fiel editora, Nan Graham. Como siempre, estoy en deuda con mis agentes literarios, Glen Hartley y Lynn Chu. Tengo una deuda especial con Glen Hartley, el primero en proponer esta serie de cinco libros breves sobre personalidades de Shakespeare.

(H.B.)

Nota del traductor

Los pasajes de *El rey Lear* citados en este volumen proceden de mi traducción de esta obra, publicada por la Editorial Espasa en la colección Austral (edición revisada), en *Teatro Selecto* y en *Teatro Completo* (tomo I, *Tragedias*) de William Shakespeare.

La versión del soneto 124 es de Mariano de Vedia y Mitre (*Los Sonetos de Shakespeare*, Buenos Aires, 1954). Para las citas de la Biblia he usado la traducción de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602) y otros (1862, 1909 y 1960), y editada por las Sociedades Bíblicas Unidas (México, 1960), salvo la cita de la 'Sabiduría de Salomón', que procede de la *Nueva Biblia Española* (Madrid, 1975). La traducción del poema de Yeats es de Antonio Rivero Taravillo (Yeats, *Poesía reunida*, Valencia, 2010), la de la oda de Keats, de Luis Cernuda (*Poesía completa*, Barcelona, 1974) y la del fragmento de Shelley, de Alejandro Valero (*Prometeo liberado*, Madrid, 2009).

Son más las restantes versiones (estrofas de la «Canción de Tom O'Bedlam», versos de Walt Whitman, el fragmento de Charles Lamb y el poema de James Agee).

Para evitar la discrepancia entre puntos de estas traducciones y los del texto de este libro, en algunos casos ha sido conveniente efectuar ajustes verbales. Asimismo, y

para aclararle al lector algunos detalles lingüísticos o referencias literarias y culturales, he añadido al final del libro notas breves explicativas.

(A.L.P.)

Capítulo 1

Un rey por entero

Las personalidades más incitantes de Shakespeare son el príncipe Hamlet y el rey Lear. *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca* y *La tragedia del rey Lear* rivalizan entre sí como los dos mayores dramas concebidos hasta ahora por la humanidad.

Hamlet y Lear no tienen casi nada en común. El príncipe de Dinamarca lleva a sus límites intelecto y conciencia. El rey Lear de Britania no tiene autoconciencia ni comprensión de otros seres, pero su capacidad de sentir es infinita.

Las ironías de ambas personalidades son demasiado grandes para ser percibidas plenamente. Lectores y espectadores tienen que afrontar la dificultad de juzgar lo que es o no es irónico. La interioridad de Hamlet se nos revela a través de sus siete monólogos, pero la interpretación de éstos suele bloquearse porque ningún otro protagonista dramático es tan hábil en no decir lo que piensa o no pensar lo que dice. Lear proclama incesantemente su angustia, furor, agravio y pena, y aunque piensa todo lo que dice, nunca nos acostumbramos al asombroso espectro de sus intensos sentimientos. Su violento expresionismo quiere que experimentemos su más

íntimo ser, pero nos faltan los recursos para recibir ese creciente caos.

No sabemos casi nada de la interioridad de Shakespeare. Sus creencias o la ausencia de ellas no pueden deducirse de sus obras o poemas. Me parece inútil conjeturar sobre su orientación religiosa. Que el hombre Shakespeare fuera protestante o católico recusante, escéptico o nihilista, ni lo sé ni me preocupa. *Hamlet* y *El rey Lear* contienen referencias bíblicas, pero ninguno es un drama «cristiano». En ninguno se plantea la redención. Por trágica que sea, una obra cristiana tiene que ser irrevocablemente optimista.

En *El rey Lear* sólo hay tres supervivientes: Edgar, Albany y Kent. Lear y Gloucester mueren de pena y alegría inextricablemente unidas. Los monstruos, Goneril, Regan, Cornwall, Oswald, mueren todos violentamente. Al bastardo Edmund lo mata su hermanastro Edgar. El bufón desaparece. Cordelia es asesinada. En la muerte de Lear hay connotaciones apocalípticas.

Kent

¿Es éste el fin anunciado?

Edgar

¿O un cuadro de ese horror?

Albany

¡Húndase y acabe!

(acto 5, escena 3)

No son éstos los tonos del optimismo cristiano. Tratándose de Shakespeare, no tendré la temeridad de sugerir qué son exactamente. Los dioses de *El rey Lear* tienen nombres curiosamente romanos, aunque el más o menos histórico rey Leir hubiera reinado en la época de la fundación de

Roma, en el siglo octavo a.C. Leir habría sido, pues, contemporáneo del profeta Elías y, por tanto, habría vivido un siglo antes del sabio rey Salomón.

Al rey Jacobo I, miembro decisivo del público que asistía a las obras de Shakespeare entre 1603 y 1613¹, se le ha llamado «el necio más sabio de la cristiandad». En tanto que rey, se consideraba un dios mortal y creía ser el nuevo rey Salomón. Es tal vez el único monarca británico que fue una especie de intelectual, y escribió varios libros mediocres. Sus choques con el parlamento por las rentas de la Corona prefiguraron el desastre de su hijo y sucesor Carlos I, decapitado por alta traición en enero de 1649.

Cuando Lear habla de la gran imagen de la autoridad, estalla su amargura: «al perro le obedecen por su cargo.» Sin embargo, Kent, el fiel seguidor de quien le ha desterrado, que se disfraza para seguir sirviéndole, busca y halla autoridad en el gran rey:

Lear

¿Quién eres?

Kent

Un hombre de buena fe y tan pobre como el rey.

Lear

Si tú siendo súbdito eres tan pobre como él siendo rey, desde luego eres pobre. ¿Qué quieres?

Kent

Servir.

Lear

¿A quién quieres servir?

Kent

A vos.

Lear

¿Tú me conoces, amigo?

Kent

No, señor, pero hay algo en vuestro porte que me hace llamaros amo.

Lear

¿Y qué es?

Kent

Autoridad.

(acto 1, escena 4)

En *La tragedia del rey Lear* la máxima autoridad deberían ser los dioses, pero éstos parecen impasibles o ambiguos. El bastardo Edmund invoca a la naturaleza como su diosa y le pide que asista a los bastardos.

Lo que Edmund quiere decir con «naturaleza» es lo opuesto a lo que Lear considera como la distinción entre «natural» y «desnaturalizado». A juicio de su padre, Goneril y Regan son unas «brujas desnaturalizadas». Ellas ven «natural» su comportamiento, al igual que Edmund el suyo.

En esta tragedia «nada» es un término dominante. Éste aparece en ella treinta y cuatro veces, y «naturaleza», «natural» y «desnaturalizado», cuarenta y dos. En Shakespeare la relación entre «nada» y «naturaleza» es espinosa y especialmente inquietante en *El rey Lear*. Según el argumento cristiano, Dios crea la naturaleza de la nada. Según el Apocalipsis del apóstol San Juan, el fin de la naturaleza se manifestará en el retorno a un Edén recuperado:

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.

En medio de la calle de la ciudad, y a uno y a otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

(Apocalipsis 22:1-2)

La abundancia curativa es ajena a la tragedia de Lear. Cuando acaba la obra, Albany, Kent y Edgar descubren que se ha cumplido la profecía de Lear: de nada no ha salido nada. No hay revelación; de nuevo a la deriva, la naturaleza vuelve al caos.

La autoridad no es un concepto hebreo ni griego; es romano. Hannah Arendt definió la autoridad como el aumento de las fundaciones. Cuando Julio César usurpó toda autoridad, lo hizo invocando el retorno a los fundadores de Roma. Aunque fuese una ficción expeditiva, toda posterior autoridad, laica o espiritual, es cesarista y extiende esa trascendental usurpación del poder.

Nadie ha aclarado la intrincada relación entre «autoridad» y lo que hemos aprendido a llamar «personalidad». Se puede decir que el Renacimiento europeo de Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592), Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) y William Shakespeare (1564-1616) inauguró nuestro sentido de la personalidad. Montaigne inventa y estudia su propia personalidad, por su parte Cervantes crea al insólito don Quijote y a un Sancho Panza sorprendentemente ingenioso y cuerdo, y Shakespeare puebla su heterocosmos con cientos de personas, cada una con su propia personalidad.

Montaigne, escéptico respecto a toda autoridad anterior, se retrata ampliamente con la libertad de quien empieza de cero con una tabula rasa de conjeturas. Cervantes se burla de sus predecesores y afirma la gloria personal que comparte con don Quijote. Shakespeare, siempre oculto detrás de su obra, permite que hablen y actúen por sí mismas las gigantescas personalidades de sus dramas.

El conocimiento de Hamlet no tiene límites, porque no ama a nadie. En Lear, el aumento de conocimiento le aumenta el sufrimiento, porque quiere a Cordelia y al bufón. Hamlet suele desempeñar el papel de sí mismo, ya

que es teatral hasta la médula. Lear no sabe lo que es actuar: es algo ajeno a su vasta naturaleza.

¿Qué es la autoridad para Hamlet? Se podría argumentar que ese papel lo desempeña su difunto padre. Sin embargo, la relación de Hamlet con el rey-guerrero Hamlet parece ambigua. El espectro del rey Hamlet no expresa ningún amor a su hijo, sino sólo a Gertrudis, ahora esposa del rey Claudio, usurpador y regicida. Aunque el príncipe Hamlet dice «Era un hombre, perfecto en todo y por todo; / ya nunca veré su igual», nos preguntamos por ese «en todo y por todo». ¿No oímos en ello la ausencia de amor al hijo? Yorick, el bufón del rey, era el padre y madre sustitutos del niño Hamlet, el que lo llevaba a cuestas: «Aquí colgaban los labios que besé infinitas veces.» El príncipe no guarda recuerdos de haber besado al rey Hamlet. ¿No podemos suponer una pena en el corazón de su misterio?

El rey Lear siente una enorme necesidad de ser amado, especialmente por su hija Cordelia. Shakespeare es siempre de lo más elíptico, y tenemos que aprender a buscar lo que se ha omitido. De la reina Lear no se dice nada. Seguramente murió, nada sorprendente si Lear ya ha pasado los ochenta años. Si hubiera sobrevivido, para ella no habría habido lugar en la obra. Qué horror habría sido para ella compartir las privaciones de Lear, expuesto a la intemperie en el páramo.

Cuando nos lo encontramos al principio de la obra, es muy difícil amar a Lear. Quiere abdicar, pero también retener toda su autoridad. Incapaz de distinguir entre la hipocresía de Goneril y Regan y la amorosa terquedad de Cordelia, se entrega a malentendidos asombrosamente violentos y a furiosas maldiciones. Y sin embargo, podemos ver desde el principio que es venerado por cuantos tienen humanidad y decencia en esta obra. Kent, Gloucester, Edgar y Albany se suman a Cordelia y el bufón en su amor

a Lear, mientras que Goneril, Regan, Cornwall y Oswald lo aborrecen. El bastardo Edmund, brillante táctico del mal, ni ama ni odia a nadie, y es tan ajeno a Lear que entre ellos no se dicen ni una palabra en toda la obra, aunque ambos aparecen juntos en escenas decisivas al principio y al final.

Hay algo extraño en la grandeza de Lear. En el viejo rey, Shakespeare ha combinado los atributos de la paternidad, la monarquía y la divinidad.

Capítulo 2

Mientras, voy a revelar mi propósito secreto

La obra empieza estando el rey fuera de escena. Sus leales seguidores, el conde de Kent y el conde de Gloucester, comentan la próxima división del reino, que no los alarma. Al rey Jacobo I no le habría hecho gracia oírlo y el público habría compartido su reacción. Shakespeare introduce al callado y ominoso Edmund, hijo ilegítimo de Gloucester. Sin miramientos, Gloucester lo menciona como «el bastardo». La primera palabra que dice Edmund es «no», y él suena gélidamente profético cuando le asegura a Kent que se afanará por «merecer». Su irónica atenuación está en consonancia con futuros desastres:

Gloucester

También tengo otro hijo, señor, de legítimo origen, un año mayor que éste, pero no más querido. Y aunque este mozo vino al mundo por la vía del vicio sin que nadie lo llamase, su madre era hermosa, gozamos al engendrarlo y el bastardo debe ser reconocido.- Edmund, ¿conoces a este noble caballero?

Edmund

No, señor.

Gloucester